

## La economía de la Venezuela post-rentista

**Asdrúbal Oliveros y Jesús Palacios**

Frente al reto de la Transición Energética todos los países están revisando sus estrategias nacionales para promover un desarrollo sostenible y en consecuencia, nos veremos obligados a realizar un complejo reajuste de nuestra economía productiva, que permita generar ingresos externos y dinamismo interno suficientes para retomar un ritmo de crecimiento sostenido.

El conflicto entre Rusia y Ucrania continúa, y por un lado, los precios petroleros globales se mantienen altos. En el caso de Venezuela, esta situación ha llevado a un incremento en 64.5% de la cesta petrolera venezolana durante el primer semestre. En lo negativo, las propias cifras oficiales del Banco Central de Venezuela reportaron un repunte de la inflación, lo que lleva dinámica de precios en dólares en 2022 casi un 50% más costoso en promedio, que al cierre de 2021.

El reto pasa entonces por pensar en una economía más allá de las condiciones actuales, coyunturalmente beneficiada por el 'boom' de precios del petróleo, que gane en competitividad y productividad, y apueste por nuevos sectores con ventajas competitivas y el desarrollo de nuevas ventajas comparativas en distintas industrias.

Sobre el sector energético todavía existe una ventana de oportunidad, especialmente vigente en la actual década, a fin de maximizar tanto la producción de petróleo como la de gas natural, de manera eficiente. Venezuela también cuenta con abundantes fuentes de energía renovables como son las fluviales, viento y radiación solar. Esta abundancia permite economías de escala y, en consecuencia, bajos costos de producción. Cualquier transición que disminuya el peso del petróleo como combustible o energía va a ser una complicación para el crecimiento potencial del país.

Los productos y servicios que producimos deberán cumplir con los compromisos de transición energética como requisito imprescindible para

operar en el mercado, así que más allá de los temas energéticos, hay elementos estructurales en nuestra economía que afrontar y que tienen que ver con la baja competitividad de nuestros productos. La economía venezolana hoy debe compararse a Honduras, Bolivia, Paraguay o El Salvador en términos de tamaño total. Mientras que, en términos de productividad se encuentra en niveles similares a Nicaragua, y, por debajo de Honduras y Bolivia.

Hoy la competitividad externa está limitada a unos pocos sectores que han tenido un desempeño relevante dentro de las exportaciones privadas en los últimos años. De hecho, en 2021, los rubros con mayor participación en las exportaciones privadas fueron "Hierro y acero" (25,7%), "Químicos orgánicos" (20,5%), "Carne, pescado y crustáceos, incluyendo sus preparaciones" (19,5%), "Bebidas, licores y vinagre" (6,2%) y "Animales vivos" (5,8%). En conjunto, los rubros señalados representan 77,9% de las exportaciones privadas.

Venezuela debe construir un nuevo mapa de competitividad, con una visión prospectiva. Es una realidad que podemos ser competitivos en el sector agrícola si se considera la implementación de nuevos avances tecnológicos. Para desarrollar la industria del turismo se necesitan servicios, desarrollo de infraestructura, construcción de zonas turísticas y planes de formación. Son necesarias inversiones por el orden de los 15.000 millones de dólares que sólo es posible con acceso a financiamiento o inversión extranjera.

Por su parte, el sector salud tiene una capacidad instalada de producción y una larga trayectoria en el país, creciendo cerca de dos dígitos por segundo año consecutivo la manufactura farmacéutica.

Incluso el propio sector energético y de hidrocarburos puede ser replanteado como un actor importante para una economía post-petrolera por medio del desarrollo del gas, la industria petroquímica y el plástico e incluso la metalmecánica, incluyendo el potencial que tenemos en la minería de minerales raros o cruciales.

Pero estos sectores también tienen otros retos debido al colapso del sistema educativo, vacilando entre deserción escolar masiva, déficit de educadores, cierres de escuelas y carreras y asfixia presupuestaria a las universidades.

Sin embargo, una visión optimista es que con las reformas necesarias, Venezuela podrá marchar hacia una senda de crecimiento sostenido a través de un modelo que no sea sólo un 'boom' del sector comercial o de importaciones de bienes terminados. Ningún país está condenado al éxito ni condenado al fracaso. La transición que estará viviendo el mundo en los próximos treinta años no tiene por qué convertirse en una condena al fracaso. En cambio, puede ser una oportunidad para el éxito.